

Miedo a la libertad

Una reflexión sobre el fundamentalismo en América latina

Nos prometieron otra cosa.

En el siglo 19 nos dijeron que la modernidad nos traería todos los beneficios del raciocinio humano: la ciencia y la tecnología nos otorgarían el control sobre el medio ambiente y se acabaría con toda carencia; la pasión ciega cedería lugar al entendimiento; hasta nuestros demonios interiores quedarían apaciguados por las bondades del progreso.

Hasta la religión se convertiría en un vehículo para divulgar las bondades de la modernidad. En el siglo 19, los liberales en América latina encontraron en la empresa misionera protestante un aliado ideológico imprescindible. Las escuelas y los hospitales construidos por los protestantes, junto con el espíritu práctico y empresarial de sus misioneros, motivaría a importantes sectores de la sociedad latinoamericana (intelectuales, artesanos, comerciantes, empresarios) a acoplarse a las ideologías liberales y capitalistas provenientes de Europa y los Estados Unidos.

Además, los protestantes importan una liturgia basada en el discurso teológico lógico y razonado basado en el análisis cuidadoso de un texto escrito. (Templos austeros, nada de incienso, ninguna vela encendida, nada de sangre derramada, ninguna imagen de la Virgen ni del Crucificado).

Para la gran mayoría de las y los latinoamericanos, el legado dejado por la invasión europea, la época colonial y de los estados nacionales liberales ha sido una cultura de violencia, de exclusión y de corrupción. En 2019, América latina sigue siendo fuente de mano de obra barata y de recursos naturales para los países industrializados del Norte. Hoy, la brecha en América latina entre ricos y pobres, mujeres y hombres, el área urbana y el área rural, personas blancas y de color, está entre las más profundas del planeta.

¿No será que el protestantismo tradicional se hizo aliado *de facto* de un proyecto político y económico que nunca ha podido cumplir sus promesas?

Paralelamente, una nueva generación de empresarios religiosos ha descubierto como acceder a los recursos espirituales colectivos de la región, empaquetarlos en drama y presentarlos con la autoridad y fuerza del misterio. Estos traficantes de bienes simbólicos han forjado alianzas con la nueva derecha política e, incluso, con el sector conservador de la Iglesia Católica. In círculos progresistas – tanto del mundo religioso como del mundo político y académico – se ha vuelto común descalificar estos nuevos actores sociales como “fundamentalistas”.

En mi aporte hoy voy a intentar colocar esta palabra en un contexto sociohistórico y plantear algunos desafíos para la construcción de alianzas para el bien común en un contexto sociopolítico y religioso cada día más fragmentado y polarizado. Para este fin quiero referirme a un estudio que hicimos en 2006 sobre “Comunicación, política y fundamentalismos religiosos” la región América latina de la Asociación Mundial para la Comunicación Cristiana, conocida por sus siglas en inglés, WACC.

Se habla frecuentemente del surgimiento del fundamentalismo como categoría en el contexto religioso estadounidense en las primeras décadas del siglo 20, pero en nuestro estudio, ampliando el enfoque, entendimos los fundamentalismos como movimientos sociales que se fundamentan en verdades incondicionales expresadas por líderes autoritarios y que justifican o validan sus posturas por medio de un discurso religioso, económico o político carismático.

Entendimos que los fundamentalismos nos dan una estrategia para convivir con la incertidumbre y la ambigüedad, especialmente en comunidades que se encuentran marginalizadas o perseguidas y que buscan fortalecer su identidad y sentido de valor en momentos de cambio social profundo y rápido. Según el sociólogo brasileiro Saulo Baptista, el discurso fundamentalista nos ofrece un sentido de orden y significado en un mundo que no nos ofrece ninguno de los dos.

Como planteó el ahora fallecido sociólogo chileno Arturo Chacón, el fundamentalismo es un producto de la modernidad. Específicamente, es el producto de los profundos

cambios culturales y de la dislocación social generada por la modernización, la industrialización y, mas recientemente, por el neoliberalismo.

En este estudio, llegamos a comprender que la mayoría de la gente demuestran comportamientos fundamentalistas en algún momento de su vida, respondiendo con temor, asco o intolerancia al “otro”. Es que, en América latina, donde predomina la violencia, donde el estado del derecho es precario, y donde cada día más personas se sienten alejadas de las estructuras sociopolíticas tradicionales, muchas personas buscan su consuelo en proyectos políticos o religiosos fundamentalistas como estrategia de supervivencia. El problema es que estas estrategias van socavando nuestro sentido de ciudadanía, de participación en el ejercicio del poder para la construcción del bien común. Los fundamentalismos promueven la intolerancia, la negación de la otra persona.

A la vez, llegamos a entender que los comportamientos fundamentalistas eventuales no se pueden equiparar al fundamentalismo como sistema social. Construir un movimiento fundamentalista requiere acceso al poder. Por eso, el tener acceso a una plataforma poderosa como un puesto político, un púlpito, un periódico o un programa de televisión permite a uno multiplicar el impacto de su discurso.

Pero, con el surgimiento en esta última década de medios sociales como WhatsApp, Twitter e Instagram, pequeños grupos y hasta individuos ahora tienen acceso a plataformas igualmente poderosas. Aquí nos merece en su momento todo un análisis del fenómeno del *Fake News* y del papel decisivo jugado por la plataforma *WhatsApp* en la elección de Jair Bolsonaro como presidente de Brasil.

Se habría que estudiar el papel jugado por medios noticiosos patrocinados por los gobiernos de Estados Unidos, Rusia, e Irán, pero también de personas acaudaladas y de grupos con agendas políticas sectarias en profundizar las divisiones que existen en la sociedad. ¿Quién gana con fomentar la polarización social? ¿Con exacerbar nuestra incapacidad de construir agendas públicas a favor del bien común?

En la década de los 90, varios integrantes de la WACC en América latina trabajamos en proyectos de lectura crítica de los medios. Ante una realidad en que monopolios mediáticos acumulaban cada día más poder político y económico, se entendió que, con tal de asegurar la consolidación de estructuras democráticas, al pueblo le urgía fortalecer su capacidad de diferenciar entre la verdad y la mentira.

Se entendió que en una sociedad de consumo donde la identidad personal se construía a partir de imágenes mediáticas y la capacidad de consumo, urgía fomentar una conciencia crítica, especialmente entre la juventud. Entendimos la importancia de construir una conciencia crítica – entendida no como la capacidad de criticar sino la capacidad de evaluar a partir de criterios.

También se entendió que teníamos que luchar por el acceso al espectro electromagnético – en este caso, especialmente para las radios comunitarias – pero también para la inclusión de sectores silenciados e invisibilizados en los narrativos mediáticos. En este proceso, guiados por intelectuales como Jesús Martín Barbero y Rossana Reguillo, llegamos a entender que hasta las personas con poca formación académica contaban con la capacidad de resignificar los narrativos mediáticos y apropiarlos para su propio empoderamiento.

Volviendo al estudio de la WACC sobre los fundamentalismos, Violeta Rocha, una teóloga nicaragüense pentecostal, observó que el fundamentalismo florece en una cultura de consumo, una cultura del deseo que nos exige buscar satisfacción. Es por eso que estamos especialmente sujetos a la seducción de la teología de la prosperidad, la cual propone que Dios desea que seamos sanos y prósperos, y, si no logramos estos beneficios, la culpa es nuestra o porque carecemos de fe o porque estamos viviendo en pecado. En una sociedad de consumo se va entendiendo a la prosperidad material como fruto directo de la bendición divina.

En una cultura materialista, los individuos se van enajenando de sus identidades y de sus tradiciones. La religión tradicional, entendida como un espacio de encuentro con lo numinoso, va perdiendo su centralidad en la vida de una comunidad que está sujeta a

la búsqueda imperiosa de la gratificación consumista.

Vivimos, pues, en un momento que busca reducir el misterio a lo material.

Al acercarnos a este fenómeno, es importante no tratar a las personas que asisten a los nuevos espectáculos religiosos con paternalismo o un sentido de superioridad. Le puedo asegurar que la gente halla en su fe religiosa, aunque sea carismática y con rasgos fundamentalistas, satisfactores reales: un sentido de comunidad, un espacio de consuelo, un sentido de empoderamiento personal, un ambiente disciplinado y de solidaridad.

Mucha gente busca estas alternativas religiosas precisamente porque las instituciones religiosas tradicionales, sean católicas o evangélicas, no han respondido adecuadamente a sus necesidades.

¿Se dan abusos de poder, incoherencias y autoritarismo entre estos grupos? ¡Claro que sí! Pero también nuestras iglesias y sus dirigentes han hecho cosas terribles en el nombre de Dios.

Descubrimos, poco a poco, en las circunstancias límites de la vida, que Dios no se agota en lo nuestro. Que Dios, ni siquiera, se agota en lo cristiano. Descubrimos que Dios no es domesticable. El Espíritu del Creador es un viento salvaje que no se sujeta a nuestros prejuicios caprichosos, a nuestra pequeñez.

Violeta Rocha observó que, el hecho de que muchas personas estén abandonando sus vínculos con instituciones religiosas no significa necesariamente que la gente se esté volviendo menos religiosa.

A la vez, es importante destacar que las mega iglesias – donde se trafica con el consumo de bienes simbólicos – a pesar de su gran crecimiento, no han aportado mucho al bien común. De manera especial, no han aportado al bienestar de las mujeres ni a las personas de la comunidad LGBTQ.

Saul Baptista pregunta si las protestaciones de la academia contra la intolerancia de los fundamentalismos no revelan, más bien, la intolerancia de una democracia liberal que

reserva para sí misma el derecho de ningunear y desconocer a todo aquello que no cabe dentro de su propia ideología liberal.

En nuestro estudio también destacamos que los fundamentalismos van de la mano con el patriarcado en sus esfuerzos por controlar a los cuerpos de las mujeres, sea por medio de la prohibición del aborto, la negación del placer sexual femenino o las normas machistas que buscan mantener a las mujeres en una condición subordinada.

A la vista están abundantes anécdotas que demuestran los nexos entre los fundamentalismos y el patriarcado, pero nuestro estudio también demostró como muchos grupos pentecostales, a pesar de su discurso sexista, terminan ofreciendo espacios sociales sin precedentes donde mujeres encuentran sus voces y ejercen cierto nivel de control sobre sus vidas. En muchas comunidades la iglesia pentecostal local es uno de los pocos espacios sociales donde las mujeres se levantan públicamente para dar voz a sus reclamos cotidianos y sus anhelos más profundos. La iglesia local es de los pocos espacios sociales que las apoya ante el flagelo de la violencia doméstica.

En 2001, en su estudio de grupos neopentecostales en las favelas de Río de Janeiro, Richard Shaull y Waldo Cesar encontraron a unas cuantas congregaciones dirigidas por mujeres y que trabajaban para eliminar la violencia pandillera, para crear empleos y para fortalecer la autoestima. Eso, a pesar de las actividades nefastas promovidas por los autoproclamados obispos y apóstoles de sus propias denominaciones. Obviamente, son casos excepcionales que no representaban mayor peligro para las instituciones patriarcales.

Nuestro estudio llegó a la conclusión de que el sistema de raciocinio promulgado por la modernidad nunca ha logrado domesticar los profundos impulsos religiosos presentes en América latina. Ni la ciencia ni el progreso, ni el discurso razonado de presbiterianos, metodistas y luteranos, han logrado tener un impacto profundo en el universo simbólico de Aby Yala.

Arturo Chacón argumenta que el protestantismo ha servido como vehículo para la modernización. En este sentido, si los protestantes hemos vendido nuestras almas al raciocinio frío y científico, los nuevos líderes religiosos carismáticos, con tal de

justificar su autoridad, tienen que crear sus propios mitos fundantes. Por eso, deben usurpar el control de instituciones religiosas existentes o crear instituciones nuevas.

Chacón insistió que estos mitos siempre se revisten de violencia. Un elemento profundamente sembrado en la psiquis latinoamericana es la comprensión de que Dios no es domesticable, y que nuestro anhelo por establecer un encuentro personal con la trascendencia conlleva no solamente el misterio sino también el peligro mortal.

Por cierto, claro está que los pentecostales no son los únicos que practican una espiritualidad resurgente en la región. Movimientos como las religiones Afrodescendientes, las tradiciones espirituales de los pueblos originarios y el espiritismo Kardecista también compiten en el supermercado religioso por la veneración de los fieles.

En nuestro estudio Violeta Rocha insistió que no todos los pentecostales son fundamentalistas y no todos los fundamentalistas son pentecostales. Ella rechaza la caracterización hecha por algunos académicos que los pentecostales son bobos intolerantes. Una revisión cuidadosa de la historia demuestra que los pentecostales son, realmente, la primera iglesia de los pobres en la región. Muchos de ellos, en sus cien años de presencia en la región, han demostrado su compromiso con el pluralismo, la lucha por la justicia y la construcción del bien común.

Está por verse las implicaciones del énfasis puesto por los neopentecostales en la teología de la prosperidad y, últimamente, en las agendas políticas neoconservadoras. Tarde o temprano, estas tácticas tan explícitamente “mundanas” y utilitarias pueden socavar su credibilidad como actores en el escenario religioso, un desgaste que también ha afectado a los políticos partidistas.

Frente a los fundamentalismos contemporáneos no es suficiente aducir la superioridad de nuestro análisis. El mundo en que vivimos anhela satisfactores reales: la práctica palpable del consuelo y de la solidaridad, sistemas para garantizar la justicia y la paz en contextos de corrupción y de violencia sistémica. ¿Cómo proponemos aportar a la construcción de seres autónomos pero interdependientes, con criterio propio, capaces de integrarse con ternura y responsabilidad a una comunidad, capaces de enfrentar la contradicción y la ambigüedad con creatividad?

El flagelo de la exclusión, la polarización social y la corrupción que atentan contra nuestro bienestar hoy demuestra, sin duda, una crisis ética y espiritual. No podemos dejar de denunciar estos males, pero tampoco podemos dejar de proponer y modelar los principios éticos vividos por Jesús, los cuales compartimos con muchas personas de buena fe, aquellas que participan de la religión organizada y aquellas que no.

Viene a la mente un texto escrito por el apologista cristiano inglés C.S. Lewis en 1947, **La abolición del hombre**. En este libro Lewis presenta un pequeño resumen de principios éticos comunes a muchas tradiciones humanas compilados bajo el nombre de la milenaria filosofía china *el Tao*, (el Sendero). En esta compilación Lewis recoge el fruto de la sabiduría china, hindú, judía, egipcia, nórdica, babilónica, romana, amerindia, griega y cristiana, No son, insiste Lewis, el monopolio de ninguna tradición religiosa, sino patrimonio de la humanidad.

Se pueden destacar los siguientes:

- Primero está la ley de beneficencia general: el trabajar por el bienestar de todo ser humano y de toda la creación. Luego, está la ley de beneficencia especial: hay que trabajar de manera especial por el bienestar de su familia y su comunidad.
- Cada persona debe respetar a su padre y a su madre; también a sus ancestros.
- Cada persona debe respetar a sus hijas e hijos; también a la posteridad.
- La práctica de la justicia abarca desde el comportamiento sexual hasta el imperio de la ley: no al engaño, no a la imposición por la fuerza, no a la mentira, no al robo, sí a estructuras de justicia que sean efectivas, justas y transparentes.
- Se debe practicar la buena fe y la veracidad.
- Se debe practicar la misericordia.
- Se debe practicar la generosidad.

¿Será que las personas y comunidades que ponen en práctica estos principios pueden superar, prestando una frase del psicoanalista alemán Eric Fromm, su “miedo a la libertad”?

Frente al cruel dominio del consumismo y del mercado, frente al consumo individualista e individualizante de bienes simbólicos, frente a los nuevos populismos autoritarios que van sembrando el cinismo en la ciudadanía, frente a la cultura de corrupción y violencia - ¿podemos discernir una agenda ética común para enfrentar los fundamentalismos y orientar nuestro quehacer sociopolítico y espiritual hoy?

*-Dennis A. Smith
1 junio 2019
dennis.smith@pcusa.org*